

## **5º. Domingo de Cuaresma. Año B**

### **Lectio divina sobre Jn 12,20-32**

---

Tras su entrada triunfal en Jerusalén, unos griegos sienten curiosidad por ver a Jesús. En esto Jesús reconoce la inminencia de su hora; que los extraños le busquen acerca el momento de su muerte. Y siente miedo real, aunque lo supere adelantando el sentido de su trágico fin: la necesidad de su muerte es consecuencia de la necesidad de la vida de muchos. De paso, Jesús explicita claramente que esta ley de vida no le es exclusiva, alcanza a todo el que quiera servirle. La pasión de Jesús es su glorificación y la salvación para todos: en ella se unen la gloria del Padre y la redención del hombre. Ser alzado en cruz le valió a Jesús vencer su miedo a la muerte, dar gloria a su Dios y atraer a sí todo el mundo. Un mundo que pierde interés por Jesús es un mundo perdido: sólo la entrega de la propia vida podrá salvarlo. Los cristianos, en vez de lamentarnos de los demás, deberíamos recordar mejor nuestros deberes: encontrar a quien quiera ver a Jesús y llevarlo hasta él, para que siga salvando a todos.

---

**En aquel tiempo <sup>20</sup>entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos gentiles; <sup>21</sup>éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban:**

**—Señor, quisiéramos ver a Jesús”.**

**<sup>22</sup>Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.**

**<sup>23</sup>Jesús les contestó:**

**—Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre.**

**<sup>24</sup>Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. <sup>25</sup>El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. <sup>26</sup>El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará.**

**<sup>27</sup>Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. <sup>28</sup>Padre, glorifica tu nombre.**

**Entonces vino una voz del cielo:**

**—Lo he glorificado y volveré a glorificarlo.**

**<sup>29</sup>La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel.**

**<sup>30</sup>Jesús tomó la palabra y dijo:**

**—Esta voz no ha venido por mi, sino por vosotros. <sup>31</sup>Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.**

**<sup>32</sup>Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

La entrada de Jesús en Jerusalén, su camino hacia la tumba, va a lograr que todo el mundo se sienta interesado en conocerle y a él se acerque a través de dos de sus primeros discípulos. La curiosidad de unos griegos es el motivo del último discurso público de Jesús, primero dirigido a sus discípulos (Jn 12,23-32), luego, respondiendo a la gente (Jn 12,35-36). Jesús, que sigue sin ser entendido (Jn 12,29.34), es interrumpido, primero por la voz celeste (Jn 12,28), luego por la gente (Jn 12,29). Para aclarar el malentendido, Jesús debe explicarse más y mejor (Jn 12,30).

Unos griegos, prosélitos gentiles tal vez que participaban en las fiestas, desean ver a Jesús (Jn 12,21). Para Juan *ver*, además de expresar el deseo de entrar en contacto con Jesús, denota disposición para creer en él, es parte inicial del proceso personal de fe (Jn 9,37; 20,29).

Las primeras palabras de Jesús a los discípulos que le presentan el deseo de los griegos, son inesperadas (Jn 12,23-26). Ni son respuesta a la información de los discípulos, ni atienden el deseo de los griegos. Jesús habla de sí, sin importarle mucho los que le rodean y buscan. *Ha llegado la hora* de la glorificación del Hijo del Hombre (Jn 12,23.28; 17,1), un tiempo hasta ahora esperado (cf. Jn 2,4; 7,6.8.30; 8,20) y desde ahora realizado (Jn 13,1; 17,1). Implícitamente se está afirmando que el venir de gente con deseos de verle es lo que ha convencido a Jesús para ver llegada su hora.

Y puesto que esa hora coincide con la muerte, Jesús introduce solemnemente el símil del grano del trigo. La necesaria destrucción del grano es condición previa del esperado fruto que se espera. Sin muerte no hay vida;

---

la fecundidad vital va unida a la entrega de la vida (12,24: *si no muere..., mas si muere*). Morir en solitario produce múltiple vida.

Pero Jesús avanza más, y para sorpresa del oyente, establece que la ley que rige su existencia y le “condena” a la muerte, ha de marcar la existencia de los suyos. Morir uno para que vivan todos es ley alcanza de lleno al cristiano: sólo quien está dispuesto a entregar su vida, la retiene para siempre (Jn 12,25). Esta norma del existir cristiano, paradójica no sólo en su expresión (*quien ama su vida, la pierda; quien la aborrece, la guarda*), es convicción fundamental cristiana, presente en toda la tradición evangélica (cf. Mc 8,34-35; Mt 10,38-39; 16,24-25; Lc 9,23-24; 17,33). El destino de Jesús, pues, alcanza de lleno al discípulo; la muerte de Jesús no deja de tener consecuencias: no existe otro camino de vida para el creyente diverso del recorrido por Jesús. Únicamente quien le sirve, porque le sigue en ese camino, llegará a estar donde el Hijo esté: quien le siga en la muerte le seguirá en la gloria. Seguimiento está aquí identificado con servidumbre personal (cf. Jn 13,16; 15,15.20) y ésta, entendida como entrega de la vida. La adhesión personal comporta abnegación personal: la cruz, también para el siervo de Jesús, es camino de glorificación (Jn 12,26).

La gravedad del momento queda subrayada por la turbación de Jesús (Jn 12,27), un raro instante de fragilidad de Jesús en todo el evangelio (Jn 11,33; 13,21; 14,1.27) ante la presentida muerte: su tristeza mortal le lleva a orar. Este ‘Getsemaní joánico’ (cfr. Mc 14,33-36; Mt 26,36-46; Lc 22,39-46), breve episodio de duda y angustia, es súbitamente superado. La oración deja ver la convicción de salir victorioso sobre la muerte; en boca del enviado de Dios no cabe otro ruego que la aceptación (Jn 12,27). Ni siquiera en el momento de mayor debilidad Jesús pierde contacto con su Padre: no busca más que la gloria del Padre y es cuanto pide (Jn 12,28a). En las obras del Hijo ha sido continuamente glorificado el Padre (cfr. Jn 4,34; 5,36; 9,4; 10,25.37; 11,40; 17,4). Por eso, en la obra definitiva de Jesús, su muerte, Dios se glorificará definitivamente.

La respuesta de Dios no se deja esperar. El cuarto evangelio, que no ha narrado la transfiguración de Jesús (Mc 9,2-10; Mt 17,5; Lc 9,35) ni ha mencionado la voz de Dios durante el bautismo (Mc 1,9-11; Mt 3,17; Lc 3,22), relata ahora la presencia de una voz celeste respondiendo a su petición (Jn 12,28b): la misma voz que lo presentó al Bautista (Jn 1,33), resonará de nuevo para asegurarle a él la gloria: *le glorifiqué y de nuevo le glorificaré*. Así queda transfigurada la única escena de debilidad y angustia del evangelio.

El pueblo se divide ante el hecho (Jn 12,29), quien piensa en un trueno (*voz de Dios*, cf. Ex 9,28; 19,16), quien en un ángel (Hch 22,9). Ambas reacciones ratifican la realidad del suceso y, al mismo tiempo, confirman la incapacidad para comprenderlo. El malentendido provoca el comentario de Jesús, quien explica que la voz (Dn 4,28) no es por su causa, que se sabe escuchado siempre (Jn 11,42), sino por ellos (Jn 12,30). Tras rezar su angustia, Jesús se convierte en el intérprete de cuanto dice Dios.

La aceptación de la muerte por parte del Hijo y la respuesta glorificadora del Padre comporta el juicio del mundo y la victoria sobre el príncipe de este mundo (Jn 12,31), condenado como está a ser expulsado. Ya no hay escapatoria. La pasión inminente acelera la hora de la crisis definitiva. *Ahora* ha llegado el momento de la decisión: cualquiera podrá sentirse atraído hacia él (Jn 12,32; 8,28), cuando sea elevado. Tanto el redactor como sus lectores la entienden ese ser elevado como alusión a la muerte de Jesús (Jn 12,33). Para ellos, desde la cruz, lugar del triunfo y de la gloria, Jesús atrae a los suyos, reuniendo a los dispersos para que, siguiéndole hasta la cruz, consigan la gloria. Jesús crucificado es foco de atracción universal. El único reducto insalvable aún lo forman los incrédulos. Y ello es severa advertencia también para nosotros hoy.

## II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Hoy el evangelio está tomado de la narración que hace Juan de la semana santa, de sus últimos días de Jesús en Jerusalén. Lo que se nos relata, hechos y palabras, es de gran valor, pues se nos transmite una parte de los recuerdos que los discípulos han guardado de aquellos días y sobre aquél Jesús, tan dispuesto a morir por nosotros; podemos así asomarnos un poco más al misterio personal de Jesús, descubriendo mejor los sentimientos de su corazón y contemplando las razones que le llevaron a aceptar su muerte en nuestro favor.

Recordando cómo Jesús afrontó su propia final tendría que conmovernos: deberíamos hoy, en su presencia, preguntarnos si nuestra vida ha cambiado algo durante este tiempo de cuaresma, si nos hemos abierto a sus exigencias, si logramos aceptar su voluntad, si nos hemos dejado impresionar por su amor. Porque no llegaremos a ser auténticamente cristianos, si continuamos viviendo hoy lo mismo que ayer, este año igual que el pasado, sin introducir ninguna mejora en nuestra vida, sin renunciar a esos males pequeños que nos dominan, sin optar por el bien posible, sabiendo que Jesús ha renunciado a su vida, que ha optado por entregarla en nuestro favor y en nuestro lugar. El relato evangélico de hoy nos habla, precisamente, de esa voluntad de Jesús de morir por nosotros y nos indica la cruz como la señal y el lugar de su entrega, la confirmación de su amor.

Por paradójico que parezca, quizá tuviéramos que sentirnos todavía alejados de Dios, para que nos nazcan las ganas de volver a Él: es significativo que el evangelio se haya abierto hoy mencionando a unos extranjeros que

---

querían ver a Jesús. Entre tanta gente que había ido a Jerusalén a las fiestas, sólo unos desconocidos se interesaron por Jesús y quisieron conocerle; los demás, todo un gentío, no se preocuparon por Jesús, ocupados como estaban en celebrar las fiestas. Y nada malo hacían, pues para ello habían ido a Jerusalén. Nos resulta hoy fácil censurar a los contemporáneos de Jesús su indiferencia por él; creemos poder reprocharles lo mucho que se perdieron, cuando perdieron la ocasión de encontrarle cara a cara. No nos damos cuenta que ellos, como nosotros hoy, creían conocer a Jesús lo suficiente como para que nos les llamara demasiado la atención; sin esperar nada nuevo - ¡nada bueno! - de él, difícilmente nos merecerá la pena su búsqueda.

Y así, como ayer sus contemporáneos, los cristianos hoy nos lo estamos dejando arrebatado por los que están más alejados, por quienes saben que no lo conocen demasiado, por quienes vienen de lejos para verle mejor de cerca. Acostumbrados como estamos a tenerle cerca, no tenemos ni siquiera curiosidad por él: no hay duda, tendríamos que reconocer que nuestros muchos años ya de práctica religiosa nos están sofocando la ganas de descubrirle de nuevo; lo estamos perdiendo poco a poco, sólo porque lo tratamos día a día con desinterés e indiferencia. Por darle por supuesto, por no tomar en serio su voluntad de amarnos más que a su propia vida, estamos a punto de perderle a él y a nosotros mismos: porque si perdemos a Jesús, ¿quién nos salvará?; ¿o es que conocemos a alguien fuera de él que esté dispuesto hasta a dar su vida por nosotros?

Cuando Jesús fue advertido de la presencia de unos que le querían ver, se dio cuenta de que la hora de la prueba había llegado: su muerte y su glorificación estaban a las puertas. Que alguien lo busque de verdad le convence de la proximidad del fin de su vida: si alguno entre nosotros se siente interesado en Jesús, debe saber que la razón no está en su curiosidad personal, sino en la voluntad de Jesús de entregarse por uno; lo afirmó Jesús: 'cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí'. La muerte de Jesús por nosotros en cruz es la fuente y el motivo de nuestro interés en él; a pesar de nuestra inconstancia y olvidos, Jesús ha pagado un alto precio para ganarse nuestras atenciones: olvidarse de ello nos hace más penoso la vuelta a él; para hacer que nos interese por él, Cristo ha muerto en cruz.

Hay otro dato curioso en el evangelio de hoy: los que venían de lejos no fueron directamente a Jesús; preguntaron a los discípulos que le acompañaban. Ellos eran quienes mejor lo conocían, quienes más camino habían hecho junto a él, quienes sabían dónde encontrarlo y cómo hablarle. Quien busca a Dios en Jesús, deberá ir a través de quien vive en compañía de Dios: buscar a Dios solos, por libre, en la propia intimidad, sin intermediarios, no nos da garantías de encontrar al Dios verdadero, Aquél que es más grande que nuestras esperanzas puestas en él, Aquél que empequeñece nuestra imaginación, Aquél de quien somos nosotros imagen y semejanza, Aquél, en una palabra, que se encuentra donde un hombre nos ha amado hasta dar su vida por nosotros en una cruz.

Cuantos buscamos a Jesús tenemos necesidad de encontrar quien nos encamine hacia él, creyentes que hayan recorrido el camino que nosotros intentamos iniciar; ir de su mano, sin obligarles a ser mejores que nosotros, caminar a su lado, aprovechándonos de su experiencia, nos evitará errar el camino. Y quien ha obtenido la compañía de un discípulo y ha encontrado a Jesús, debería ofrecerse a quien todavía le busca como compañero de camino hacia Jesús. Porque, si estamos seguros de haberle encontrado, ¿por qué no sentirnos orgullosos de guiar a otros hacia Jesús? ¿Qué derecho tenemos a que nuestra dicha muera en nosotros? ¿Por qué extraña razón no nos dedicamos a ayudar a que quienes le buscan se encuentren con Jesús?

Todos hemos necesitado de alguien para encontrarnos con Dios. Y es que no resulta fácil llegar hasta Él. El símil del grano de trigo que Jesús usa cuando vienen a decirle que le están buscando, nos da a entender que quien se acerca a Jesús lo verá, no como se lo esperaría, glorioso, potente, atractivo, estupendo, sino escondido, desconocido, sepultado, suspendido de una cruz. La cruz, nos advierte Jesús a cuantos hoy hemos sentido el deseo de buscarle y quedarnos con él, es su lugar de residencia, la señal para reconocerle: buscarse un Dios que no esté en la cruz es condenarse a no encontrar jamás al Dios de Jesús. Y aquí está la raíz de nuestro mal: queremos tener un Dios, es verdad, pero aborrecemos tenerlo en una cruz; ¿para qué puede servir un Dios tan débil, tan impotente?; si ni siquiera pudo liberarse del sufrimiento y de la humillación, ¿cómo podrá defendernos a nosotros de ellas?

Y sin embargo, porque buscamos desesperadamente salvarnos, salvar la vida, porque huimos tan denodadamente de entregarla por los demás, la perdemos sin remisión, y no sólo 'la otra', también ésta: desviviéndonos por conservar la vida, la estamos malgastando y comprometiendo la eterna. Soñando salvaciones que excluyan la cruz, no despertamos a la vida que hay en ella: ¿qué clase de siervos, amigos, somos que deseamos ser más que el señor amigo? Si hoy nos hemos sentido alejados del Dios que está en cruz, volvamos a él: lo está esperando, por eso precisamente se nos ha quedado en una cruz.

---